

La memoria simbólica y testimonial en ciudades y escrituras

Nora Strejilevich

Un grupo de vecinos del barrio de Almagro de Buenos Aires me ubica por internet para preguntarme si me interesa la instalación de una baldosa en homenaje a mi hermano desaparecido. Por supuesto que me interesa, y me agrada que sean ellos quienes tomen la iniciativa, que hayan descubierto su historia porque investigan. Acordamos una fecha y el 1 de marzo de 2008 se coloca, frente al edificio donde habíamos vivido mis padres, mi hermano y yo, una suerte de cerámica bordeada de colores, que dice:

Gerardo Strejilevich. Militante popular. Secuestrado el 16 de julio de 1977.

Barrios x la Memoria y la Justicia

Estas frases resumen un largo recorrido. El 16 de julio de 1977 un autodenominado Comando Conjunto allana el departamento de Corrientes 2583. 3° 8 de Capital Federal y me lleva, maniatada y con los ojos vendados, en un auto *Ford Falcon*; recién en 1985 me entero que a mi hermano lo acababan de secuestrar, esa madrugada, junto a un compañero de la Universidad de Buenos Aires (UBA) liberado a los pocos días. Gerardo estudiaba física y hacía la investigación para su tesis en la Comisión Nacional de Energía Atómica (CONEA) cuyo director, nombrado por Jorge Rafael Videla, acató fielmente sus métodos, abriéndole las puertas a la cacería de científicos sospechosos por su ideología *subversiva*.

Además de liderar la junta militar que tomó el poder el 24 de marzo de 1976, Videla inventó el término *desaparecido*. Se trata de una palabra atípica que se resiste a la traducción; nunca se había usado como sustantivo y el verbo desaparecer tampoco se había empleado en modo transitivo (desaparecer

a una persona), por lo cual se lo ha incorporado a otras lenguas en su forma original. En la nueva acepción siniestra el desaparecido “es una incógnita [. . .] no tiene entidad, no está ni muerto ni vivo . . . ” (“Videla en 1979”).

Esta noción, inspirada en la Noche y Niebla nazi, transforma a los secuestrados en un misterioso estado de ser, como indica Alejandro Kaufman, lo cual revela que el plan sistemático y clandestino de secuestro, tortura y asesinato masivo plasma un lenguaje con significados perversos, que nombran una práctica del mismo cariz. El Poder determina que hay seres *matables*, excluidos de una humanidad que no puede sino estar viva o muerta. Uno de los tantos corolarios de esta nueva categoría es que hay dieciséis desaparecidos en la CONEA y treinta mil desaparecidos en un país con apenas 26 millones 48 mil habitantes en esa época.

Las baldosas de Barrios X la Memoria y la Justicia (Buenos Aires)

Treinta años después de la implantación del Estado criminal, en 2006, surge la idea de colocar baldosas en cada barrio con los nombres de los desaparecidos como método para desafiar el borramiento que se quiso llevar a cabo: los ausentes están y forman parte del presente porque estas marcas los visibilizan en nuestros recorridos cotidianos, que eran los suyos.

Este ejercicio particular de memoria deja huellas en más de un sentido: en la ciudad, que escribe a través de ellas la historia negada por muchos, y en la comunidad, al restituir vínculos entre compañeros, familiares, colegas, conocidos que quieren estar presentes, contar anécdotas, escuchar. La idea es lidiar con la pérdida desde la intimidad, rememorar afectivamente, porque se asume que lo personal es político (la frontera entre ambos colapsó cuando los llamados *grupos de tareas* entraron a casas y a lugares de trabajo para *chupar*—en su jerga—a ciudadanos que perdieron, en ese instante, su condición).

El acto junto a la baldosa y su persistencia en la vereda invitan a los peatones a acercarse, a preguntar, a asistir, a criticar. En *Calles de la memoria*, excelente documental de Carmen Guarini, se registra un variado menú de reacciones del vecindario ante estas marcas urbanas (y las de un grupo de estudiantes extranjeros cuya tarea es hacer un documental sobre el tema). Sus cámaras registran desde el rechazo hasta la curiosidad, desde la indiferencia hasta el interés. Justamente de eso se trata: la baldosa pone en evidencia lo oculto, lo que se quiso negar, para que la población se haga cargo de que en esas calles y en esas casas pasó lo que pasó. Así se restituye la memoria colectiva, que no es unívoca y que genera tensiones, desacuerdos, polémica.

Los miembros de Barrios X la Memoria se comportan como facilitadores: contactan a los familiares, consiguen los permisos para instalar la baldosa, invitan a los allegados a participar en la inscripción de cada letra (todo esto lleva semanas de preparación), y abren con palabras inaugurales el acto callejero, que queda luego en manos del pariente o amigo cercano. En el homenaje que se hizo por mi hermano dije:

Los secuestradores desestimaron, entre otras cosas, la diferencia entre el verbo ser y el verbo estar. Pensaron que, si dejaban de ser, los desaparecidos dejarían de estar. Sin embargo están más que nunca y tienen la fuerza que les damos. Su estar va cambiando de aspecto: de las fotos en blanco y negro pasamos a los recordatorios en las escuelas, y ahora los vecinos le ponen color. Hoy podemos bajar a los desaparecidos de los estandartes y ponerlos a ras del suelo; caminan con nosotros, se ríen; podemos recobrar la forma en que vivieron y vivimos. Ese ethos contestatario no se perdió.

A continuación leí, con una amiga, un fragmento de *Una sola muerte numerosa* en el que describo a Gerardo con humor. Lo había hecho en otras ocasiones, pero solo en esa esquina sentí que le hablaba a mi audiencia más cercana. Gente con la que podía dialogar y que incluso aportaba anécdotas que desconocía. Juan, exiliado en Canadá, resultó el último que había conversado con mi hermano y describió la escena con lujo de detalles. Comentó que Gerardo estaba *desenganchado* de la organización (¿JP o Montoneros?, no se lo pregunté). Manuel habló de mi familia, de su calidez, de cómo eran mis padres: en una época en que “los mayores” solían sostener criterios de pareja más tradicionales, mi madre les llevaba un tecito a la mañana a Graciela Barroca (también secuestrada en el Club Atlético) y a Gerardo, que dormían juntos en su pieza. Estas hilachas de vida, estas escenas se van enlazando en el encuentro y permiten tejer una trama, recuperar el transcurso de esa vida interrumpida por la violencia de un Estado saturnino que devoró a sus hijos.

La baldosa produce en el mapa urbano un efecto doble: por un lado da cuenta del horror (porque el conglomerado de memoriales da una noción patente del plan sistemático de exterminio) y por otro, en el homenaje, de la existencia singular y única del desaparecido, con sus matices, sus sueños y sus señas particulares. Existencia que le fue expropiada a la comunidad y que ésta recupera dándole énfasis a la biografía de cada ausente. Insistir en esto es negarle al *poder desaparecedor* (Pilar Calveiro *dixit*) su plan de cosificar y

anular a quien catalogaran de *enemigo interno*: recuperar el perfil de cada desaparecido en tanto *amigo interno* prueba que transformar a jóvenes rebeldes en bultos dormidos que se tiran al mar no es posible.

Con cada una de estas marcas la ciudad va inscribiendo su testimonio, no solo de la masacre sino también de una persistente resistencia que se niega a acatar el olvido. A falta de duelo, imposible en este caso, la baldosa reactiva el diálogo con los desaparecidos (sobre todo en el caso de allegados y compañeros) y, como su hábitat es la vereda, los peatones se topan una y otra vez con *checkpoints* de la memoria (parafraseando a Susana Kaiser). Las baldosas diseñan un nuevo mapa que incluye las heridas, el lado oscuro, la sangre que corre bajo la bella arquitectura que transformó a nuestras ciudades coloniales en imponentes centros culturales ansiosos de ser europeos, de blanquearse en el doble sentido de hacerse más blancos y de borrar sus crímenes. El maniqueísmo del tristemente famoso par “civilización o barbarie” nos modela desde nuestros orígenes, ¡pero ahora sus rastros no pueden ignorarse—sí no parece que antes sí se los podía ignorar!

La resistencia simbólica

Esta memoria topográfica y performática que redacta su contra-discurso en relación a la violencia estatal se pronuncia de diversas formas. En las baldosas pero también, por ejemplo, en la inmensa bandera de varias cuerdas con las fotos en blanco y negro de los desaparecidos, que se despliega en las marchas del 24 de marzo sostenida por las manos de cientos que hacen su peregrinaje, con sus caras y nombres al hombro, desde Congreso hasta la Plaza de Mayo.

Estas y otras intervenciones urbanas son hijas de la resistencia iniciada por las Madres que, a partir de 1976, se apropian de la Plaza de Mayo sin saberlo todavía, haciendo público su dolor y su reclamo. Lo hacen en el centro económico y político de la ciudad: como en todas las urbes fundadas por el Imperio Peninsular, el centro neurálgico es la Plaza, rodeada por la Casa de Gobierno (en este caso la Casa Rosada), la Catedral, el Cabildo y el Banco de la Nación, entre otros edificios claves que encarnan el poder del Estado. A fuerza de una lucha inagotable por “Memoria y Verdad y Justicia”—con mayúsculas porque estas palabras-pilares se sostienen poniendo el cuerpo, arriesgando la vida—las Madres logran hacer suyo, sobre todo, un sector de la Plaza: el de la ronda. Tan suyo que finalmente el Grupo de Arte Callejero (GAC) lo marca con pañuelos blancos sellados en las baldosas que pisan, jueves tras jueves, quienes paso a paso han parido la marcha más larga de la historia.¹ La idea de caminar en círculo surge por las condiciones que impone la dictadura—hay que circular, no se permiten reuniones grupales—, pero lo que

nace de y con esa respuesta—un desafío al lenguaje autoritario porque no se van, no abandonan su reclamo, permanecen circulando—, cobra vida propia.

El pañuelo—al inicio fue un pañal de tela—se empieza a usar por la necesidad que tienen las Madres de reconocerse entre ellas. Con el tiempo este triángulo blanco se torna emblema, con los nombres de los hijos bordados, porque los desaparecidos no son anónimos sino subjetividades cuyas señas de identidad registrara el Estado con foto, huellas digitales y nombre propio. El pañuelo vuelve a identificar y a nombrar lo que se pretendió extirpar y se erige en símbolo de lucha. Tanto que incluso asombra a sus portadoras. En 2017 este fenómeno llega a un punto de inflexión cuando la población de Buenos Aires asiste a una marcha, el jueves 11 de mayo de 2017, llevando pañuelos blancos en rechazo al 2x1.² Cada manifestante lleva uno en la mano, y cuando las Madres ven desde el escenario—donde se han subido para reclamar por el desaparecido en democracia, Santiago Maldonado—la multitud de pañuelos que se levantan al unísono, entienden más que nunca que su militancia ha dado frutos para siempre. Frutos que irrumpen en puntos estratégicos del país y en fechas claves de nuestra historia.

Cada 24 de marzo, en el aniversario del Golpe, la multitud *se celebra*, como dijera el periodista Mario Wainfeld. Celebra su presencia en la calle, celebra que cada vez se sumen más ciudadanos de todas las edades para manifestar en contra de cualquier abuso de poder y por los derechos humanos de todas y todos—a la última asistieron unas 500 mil personas solo en Buenos Aires, pero se realiza en todo el territorio nacional—. Celebra que las calles se tornen cánticos que son mandatos: *como a los nazis, como en Vietnam, a donde vayan los iremos a buscar*, cánticos que dan cuenta de un compromiso que supera los estribillos en una firme decisión de decirle basta al atropello.

Personalmente celebro que esta memoria se desparrame por las calles, que salga de los recintos cerrados. No es que no valore nuestra palabra oral y escrita (la de los testigos) pero, como el terrorismo de Estado se impone a la sociedad en su conjunto y como muchos no se dan cuenta hasta ahora de la impiedad que sigue reinando, son estos actos los encargados de contrarrestar, con la potencia de la manifestación masiva, el discurso que repite: no se atreven a reaccionar, no se atreven a querer modificar la situación en la que viven, asúmanla como un destino y no cuestionen.

El campo de los derechos humanos crea un abanico de respuestas para mostrar que este discurso tiene pies de barro. Lo dicho y condenado en los juicios públicos, lo escrito en libros testimoniales y en ensayos críticos, se expande a su manera por las ciudades con diversas modalidades, todas válidas, todas indispensables porque convocan, irrumpen, impulsan acciones, generan debate. En esa medida logran lo esencial, que se instale el rechazo

al monólogo armado del Estado y que se desenmascare el parentesco entre la represión actual y la dictatorial.

Dijo un catalán al día siguiente del atropello policial en Barcelona, tras el referéndum por su independencia el 1º de octubre del 2017 (cito de memoria): “lo único que diferencia la represión franquista de la actual es que antes la veíamos por TV en blanco y negro y ahora la vemos en colores”. *Mutatis mutandis*, en esta etapa se produce la primera desaparición forzada negada por el Estado, y avanza desafortadamente la represión. El gobierno de Mauricio Macri trata de borrar con el codo todo lo logrado en la Argentina en términos de derechos sociales, laborales y humanos desde el fin del terrorismo de Estado hasta el presente. El Estado de derecho entra en crisis.

La memoria en los ex centros clandestinos de detención, tortura y exterminio

Esta memoria es crucial porque involucra al vecindario. A partir de esta labor nadie puede decir que *no sabía* (¿podían los gritos de la tortura no ser oídos, por más música que se pusiera para taparlos?). El tema no se discutió hasta que esos lugares de memoria lo posibilitaron, y ya no se lo puede evitar, minimizar o negar como antes (aunque el actual discurso oficial lo intente): hay carteles que indican qué eran esos sitios, hay eventos para recordar. Yo participo, sobre todo, en los del Club Atlético—porque como anticipé, ahí nos llevaron a mi hermano, a su novia y a mí en julio de 1977 y en abril, a mi primo Abel Strejilevich (activista y estudiante de escuela secundaria).

Este centro clandestino funcionó entre mediados de 1976 y diciembre de 1977. Con su demolición y la posterior construcción de la autopista 25 de Mayo (en 1979) lo que sobrevivió fue el sótano del edificio, enterrado bajo tierra. Las excavaciones realizadas a partir de su conversión en Espacio de Memoria y el trabajo de recuperación arqueológica hicieron posible el hallazgo de unos 1.100 objetos y fragmentos, tabiques divisorios de celdas, suministros policiales, restos de uniformes, zapatos y gorras (vi una cruz esvástica dibujada en el reverso de un gorro de policía). Hasta se encontró una pelotita de ping-pong, juego frecuente entre los torturadores del centro clandestino ubicado en el barrio de San Telmo, no muy lejos de Plaza de Mayo.

Después de la gran marcha del 24 de marzo, algunos nos acercamos a Paseo Colón y Garay para formar parte de un ritual que va cobrando forma con los años. En cuanto se atraviesa la cerca que resguarda al ex centro clandestino se ven los rostros de los desaparecidos, una serie de sillas para ubicar al público y, en la colina de tierra, una serie de sombras y de nombres. En determinado momento encendemos las antorchas que los y nos iluminan, y

leemos la lista de los ausentes. La audiencia acompaña con el tradicional: Presente. Esta práctica de nombrar a los desaparecidos contradice, confronta y desautoriza al método de quienes no solo matan sino que pretenden anular la existencia de un sector de la población para poder concretar su proyecto político.

La ceremonia se cierra con palabras de distintos oradores y de una Madre (a menudo Nora Cortiñas) que repite: *30 mil detenidos desaparecidos, presentes, ahora y siempre*. Los demás le hacemos eco. En cada estribillo se anuda una memoria que echa raíces, una fuerza física y palpable que sostiene al grupo que la enarbola.

La afectividad y efectividad de esos actos se valida en su repetición. Inicialmente un grupo de sobrevivientes y de organismos de derechos humanos que impulsaron la recuperación del espacio convocó a “Jornadas por la Memoria”. Desde 1996 estos eventos se acompañaron de intervenciones artísticas para confrontar simbólicamente los métodos represivos. En el primero al que asistí se levantó una instalación: una cárcel con sogas (en lugar de barrotes) apresaba los rostros de papel de los torturadores. Al final de la ceremonia una fogata los consumió. Además, los pilares que sostienen la autopista 25 de Mayo se cubrieron de figuras en papel maché con los ojos tapados. Esa noche un comando le tiró alquitrán a la obra y por eso las figuras se hicieron de metal: esas sobrevivieron.

En mi recuerdo las dos intervenciones artísticas que describo aparecen unidas al acto que le cambió el final a *Una sola muerte numerosa* (1997–2005–2006), aunque probablemente se hicieran en épocas distintas. Había ganado, en 1996, un concurso ortogado a la literatura escrita en español en los Estados Unidos (Letras de Oro). Sin embargo, antes de la publicación del libro y tras la situación que viví en la ceremonia del ex centro clandestino, el desenlace de la novela fue otro.

Cuando me llamaron a hablar—siempre invitan a los ex detenidos desaparecidos a decir algo—, leí el recuento poético de mi secuestro. No solo había sobrevivido: gracias a esta intervención mi/nuestra experiencia se transmitía, se volvía pública, se compartía en el preciso lugar donde se había puesto en marcha el plan para suprimirnos. Era una reparación inmensa. No un cierre, porque esta historia no cierra, pero sí un *farmacon* para el alma y, por ende, el final del libro.

En ese evento di con la audiencia más entrañable, pude compartir mi experiencia con un público atento y empático del que surgieron abrazos, incluso de una parte de mi familia que no conocía: la mujer de otro primo desaparecido, Hugo Strejilevich—cuyo nombre figura en una baldosa frente al hospital donde trabajó, el de Niños Dr. Ricardo Gutiérrez, y también frente al domicilio donde se quitó la vida para no caer en las manos de sus perseguidores.

Estas ceremonias, indispensables para la recuperación de comunidades marcadas por la atrocidad, se defienden asumiendo riesgos: implican una lucha por el sentido que se lleva a cabo sin respiro. Con estas acciones y con la transformación de los ex centros clandestinos en sitios de memoria se abre la posibilidad de palpar este pasado reciente, de sentirse parte de él. Todos lo somos, de una u otra manera.

Pero convivir con los ex centros clandestinos requiere un aprendizaje, incluso para quienes los conocimos en funcionamiento. La primera vez que me acerqué al Club Atlético sentí la extrañeza que provocan los lugares donde se padeció algo invivible: aunque dejaron de ser lo que eran siguen encarnando el espanto. Estas ruinas, ¿son *ese* lugar donde mi hermano gritaba *me están matando*? Si puedo sacarle fotos, si no me tiran con los ojos tapados, ¿de qué lugar se trata? Eso me preguntaba inicialmente, y la respuesta me la dio la lectura de mi secuestro en ese preciso punto del mapa. Tiene sentido, pensé, que al antro donde reinaba el terror lo habitemos con testimonios, con murales, con obras de arte, con símbolos y actos.

El aura que se deposita en los ex centros clandestinos nos acerca, a los sobrevivientes, al tiempo en el que estábamos privados de toda posibilidad de inscribir algo en ellos—aunque algunos detenidos lo hicieran, grabando frases que aún se conservan en algunas paredes. Lo humano es dejar huellas, marcas subjetivas, y ahora podemos hacerlo en oposición a lo que la práctica genocida decretó, que se resume en la prohibición de ser humanos. Cuando la memoria del tormento se torna intervención decidida y compartida, se transforma y nos transforma. Y con este giro cultural se acaba la victimización.

Museos de la Memoria

Hay otro tipo de Museo de la Memoria, el que se instala no con la participación comunitaria sino desde el Estado. El ejemplo paradigmático es el creado en el Casino de Oficiales de la ex Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) con el apoyo del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

La museificación, en este caso, queda en manos de especialistas que se acoplan a cierta tradición, incorporando un lenguaje que se desarrolló y perfeccionó para institucionalizar la memoria. Se presenta un contexto histórico, se decide un recorrido, se acuerda el relato que transmiten los guías, se destacan puntos emblemáticos, se establecen formatos y horarios.

Fui a hacer el recorrido del Museo Sitio de Memoria ESMA con estudiantes extranjeros que quedaron muy impresionados con la visita, incluso un par de ellos entrevistaron a la directora, Alejandra Naftal, para el ensayo final del curso. En mi caso, si bien aprecié que proyectaran los testimonios de los

juicios de lesa humanidad de 1985 en algunos muros, la fuerte intervención— como, por ejemplo, un pasillo de madera que protege el original pero que altera la atmósfera—, me sentí abrumada. Preferí ciertos espacios casi vacíos donde una voz cuenta su experiencia, como las salas donde las embarazadas daban a luz. Esa sensación la comparto con otros ex detenidos-desaparecidos, pero entiendo que ese tipo de museo no está diseñado para nosotros sino para quienes buscan acercarse al tema. Hubiera deseado que el museo se hiciera en otra parte y que el lugar donde los detenidos (entre ellos mi hermano, que fue trasladado a ese centro y cuya foto aparece entre los rostros grabados en ventanal de la entrada) padecieron el tormento de estar encadenados, ciegos e inmóviles como bultos a la espera de la muerte—los *Vuelos de la muerte* en su jerga, que consistía en arrojarlos dormidos al mar—fuera tocado lo menos posible. Pero valoro que produzca un impacto en la audiencia, y que en tiempos de retroceso político como el actual, esos espacios resulten más difíciles de cerrar y puedan transformarse en lugares de convocatoria. En el caso de este Museo, “la Visita de las Cinco” es un recorrido abierto al público que se realiza el último sábado de cada mes, desde hace dos años, con invitados especiales. En cada ocasión se recuerda a un detenido desaparecido o se encara alguna fecha simbólica de lo que allí ocurrió. Se busca así reflexionar críticamente sobre el pasado-presente, destacando la relación de cada una de esas vidas con el horizonte histórico. La asistencia masiva revela su importancia.

Lo que a mi juicio cuenta en estos usos de la memoria es que el diálogo y el testimonio logren desmontar la lógica binaria que cataloga a los secuestrados como héroes o traidores, a los sobrevivientes como víctimas o resistentes, a la memoria como completa o incompleta.³

Ese vínculo crítico se pierde cuando el horror adherido a los ex centros clandestinos se naturaliza. A veces, quienes los frecuentan parecen olvidar el texto inscripto en ellos, que de ninguna manera se puede reescribir. Un ejemplo paradigmático es el asado que el 27 de diciembre de 2013 se organizara a modo de festejo (a raíz de una reunión para empleados y autoridades del Ministerio de Justicia organizada en el predio de la ex ESMA). En este predio, que tiene diecisiete hectáreas y treinta y cinco edificios, residen diversas agrupaciones de derechos humanos (Madres, H.I.J.O.S., Abuelas, Memoria Abierta, etc.) y se realizan actividades culturales (sobre todo en el Centro Cultural Conti), de modo que muchos han hecho suyo ese espacio y lo han *resignificado*. Por eso es que los H.I.J.O.S. apoyaron el asado, aduciendo que la ex ESMA no es más un centro clandestino de detención, sino “un lugar para recrear y celebrar la vida” (Grinzberg).

Que los habitantes actuales del ex centro clandestino quieran recrear la vida no significa que se pueda desatender la muerte que ese lugar memorializa y encarna. Ambos aspectos tienen que entrelazarse, y lograr un equilibrio

entre ellos es la labor constante a realizar. Que los propios hijos de desaparecidos, algunos nacidos en el centro clandestino, ignoren el poder simbólico de ciertas palabras y minimicen (como lo hizo Juan Cabandié, nacido en la ESMA) la reacción de Ex Detenidos Desaparecidos, Hermanos y Madres ante la convocatoria al asado en ese lugar, indica que la visión binaria de la historia sigue vigente. No se trata de resignificación o memoria, las dos se dan conjuntamente y ningún factor puede opacar al otro. En la ex ESMA se incineraban cadáveres y la palabra *asadito* alude a ese acto innombrable en el lenguaje siniestro del eufemismo que a menudo indica lo que nombra, sin pudor. El hecho de quemar carne en este espacio no debería ser motivo de debate.

Que los H.I.J.O.S. no admitieran la ofensa me sorprendió, sobre todo por la falta de empatía con el efecto que le puede provocar a muchos esa asociación siniestra. No se trata de opiniones sino de la distancia o la cercanía que se asuma en relación a la huella que dejan ciertos actos. Los museos son lugares de convocatoria política y cultural pero, a la vez, espacios de resguardo de una memoria herida.

Testimonio judicial y literario

En el manuscrito *El lugar del testigo: Escritura y Memoria (Chile, Argentina y Uruguay)* (2019) me refero a la diferencia entre deposición judicial y testimonio literario que ya encarara en *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay* (2006). Inicialmente me preocupaba la legitimación de la declaración judicial como forma privilegiada del relato del sobreviviente, en detrimento de otras narraciones testimoniales en las que la experiencia íntima puede manifestarse sin limitaciones. Este problema sigue vigente, pero los cambios que se produjeron en los juicios públicos por crímenes de lesa humanidad me llevaron a reconsiderar su importancia.

En el ámbito de los tribunales, inicialmente (en 1985, durante el Juicio a las Juntas) no se podía dar rienda suelta a la subjetividad, el testigo no podía dejar que las lagunas de su memoria se notaran y se ubicaba de espaldas al público. El testimonio debía construir relatos coherentes, llenos de la mayor cantidad de datos conducentes a la condena.

Mi testimonio narrativo, que entrelazo con otras voces en *Una sola muerte numerosa*, es de otro tipo: es un espejo roto que muestra la fragilidad de la memoria. Las escenas saltan, van y vienen. Mi escritura les da forma, combina los fragmentos dispersos para que vayan armando su relato. Al estudiar otras narraciones testimoniales percibí que cada escrito, a su manera, lograba un acceso a la intimidad de la experiencia que le estaba vedado a la declaración en tribunales.

Pero los juicios fueron cambiando y cambió también mi valoración de su papel cuando el factor subjetivo entró de lleno en las llamadas Megacausas (a partir de 2005, en un proceso lento que se fue sedimentando): los fiscales empezaron a instigar a los testigos a explayarse y a hablar de lo que sentían. En esa medida el ritual judicial mutó.

Las narraciones ancladas en la experiencia personal aportaron pruebas de algo que, en esta etapa, pasó a considerarse crucial: el alcance del ahora llamado *plan sistemático de exterminio*. Era importante saber de qué forma los detenidos habían sido sometidos a procesos de anulación del yo y cómo se reiteraban los métodos destinados a cancelar la identidad. Las nuevas declaraciones fueron esenciales a la hora de decretar la violación sistemática de mujeres como crimen de lesa humanidad (2010), y por ende imprescriptible.

En las audiencias llevadas a cabo en distintos tribunales del país, que presencié sobre todo en Comodoro Py, Buenos Aires, noté cómo los cambios en el ritual judicial legitimaron, en estos años, la palabra del testigo. Además de incluirse el factor subjetivo, el testigo podía mirar a los acusados desde su tarima (detalle que implica un cambio radical ya que los detenidos en los centros clandestinos estaban *tabicados*, es decir, tenían tapados los ojos dentro del campo).⁴ Entendí que estos factores, sumados a la legitimación que otorga la ley, contribuían a la afirmación del sobreviviente: dar testimonio en la corte era un momento liberador.

Si bien declaré en dos Megacausas (ABO y ESMA, es decir circuito Atlético-Banco-Olimpo y Escuela Mecánica de la Armada) y sentí en carne propia el impacto de pronunciarme en ese ámbito, en mi caso la elaboración del horror pasó y sigue pasando por escritura. No logré, al declarar públicamente, sumergirme en la experiencia como lo hago cuando tipeo palabras o cuando las comparto. Sin embargo sé que, para muchos, declarar marca un antes y un después. En cuanto a la reacción de la sociedad ante el testigo me temo que, si bien se admite que su rol en los juicios es indispensable, muchos prefieren que su testimonio quede ahí, que diga en tribunales lo que tiene que decir . . . y que, de ahí en más, se calle. Es que el sobreviviente es un ser sospechoso: *por algo será* que salió con vida del campo.

A mí, en cambio, me importa que el testimonio salga de los tribunales, donde lo escuchan pocos (y hay solo un diario, *Página 12*, que transcribe parte de lo que ahí se dice). Por el momento esto no sucede, en gran medida, porque la crítica no termina de aceptar la literatura testimonial como parte del canon. A los textos que cuentan y elaboran la experiencia límite con resonancia poética, reflexiva y existencial, se los considera carentes de intención estética y de capacidad de simbolizar. Del rechazo a estos

criterios nació *El lugar del testigo: Escritura y Memoria (Chile, Argentina y Uruguay)*, donde definiendo la narración del sobreviviente.⁵

Muchos críticos repiten lo dicho por John Beverley en su análisis de testimonios surgidos en América Central, en otro tiempo y contexto político. En el llamado Cono Sur hay novelas testimoniales cuya lectura es indispensable para acercarse al experimento con la condición humana que inauguraron los campos, como dijera Primo Levi. Sin embargo esta escritura se descarta por ser un relato subjetivo sin capacidad de simbolizar o de teorizar sobre lo vivido.

En la Argentina es Beatriz Sarlo, en *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo, una discusión* (2005), quien deslegitima este tipo de narrativa. A su entender el testimonio habla en primera persona y se impone en función de la autoridad que se le atribuye a su experiencia, a su juicio sin motivo, sobre todo cuando carece de la distancia indispensable para reflexionar (como lo hace un sociólogo o un historiador desde su disciplina). A mi entender, en cambio, a partir de un genocidio ya no se puede pensar con *distancia*, y si un testigo siente la pulsión de escribir, es el más indicado para reflexionar sobre la experiencia concentracionaria. Si no *in-corporamos* lo que dicen quienes intentan poner en palabras su vivencia del desastre, no podemos acceder a las entrañas de esa historia. Los testigos son los únicos capaces de mostrar los meandros de la *zona gris* que se extendió dentro y fuera de los centros clandestinos (zona donde convivían víctimas y victimarios, donde había que negociar niveles de colaboración para garantizar la supervivencia, donde regían el trabajo esclavo y la esclavitud sexual). Sin escuchar y leer el relato de quienes intentan transmitir su vivencia no podemos captar sus complejidades, sus matices, sus alcances. En el testimonio literario la razón gime y la memoria narra (una memoria que excede los parámetros marcados por una razón entendida como lo otro de la pasión). El testigo le da su lugar al pormenor, a la palabra lírica, a la imagen poética, a la subjetividad, para digerir, asimilar, traducir y compartir una experiencia invivable.

El desaparecido en democracia

Los marcadores urbanos, las marchas y los juicios públicos han generado un cambio profundo en relación a la vigencia de la lucha por los derechos humanos para gran parte de la población. Y me refiero al presente: la militancia urbana ha estallado, desde el 1 de agosto de 2017, en inmensas manifestaciones para reclamar por la aparición con vida de Santiago Maldonado. El esfuerzo colectivo por denunciar este secuestro a manos del Estado pone en evidencia cómo la resistencia civil ha calado en la sociedad.

¿Dónde está Santiago Maldonado? Esta pregunta se multiplica en racimos y rizomas.

Un grupo de artistas entra a un vagón de subte como cualquier pasajero. Una voz se alza y recita un verso, luego otro y otro más; el público cautivo va notando que se trata de una intervención artística, pero aún no sabe de qué tipo. Surgen más voces recitando. Al final se anuncia que es un poema escrito para Santiago Maldonado. Muchos pasajeros aplauden.

En la cola de un banco alguien pregunta: ¿Dónde está Santiago Maldonado? Y la gente en las colas reacciona, opina, participa.

Un grupo de música lanza la pregunta desde el escenario (y no todos los asistentes aprueban, muchos se van del espectáculo). Alguien del público la pronuncia tras la presentación de un libro. Manifestantes que protestan por despidos llevan la foto de Santiago. En Aeroparque una voz, desde el micrófono que anuncia vuelos, pregunta por Santiago Maldonado. En el vagón de un subte el conductor, desde el suyo, pregunta lo mismo, tras la segunda marcha que se realizara en todo el país, el 1 de octubre de 2017, para reclamar por esta desaparición forzada.

Si bien hubo testigos de los juicios que fueron desaparecidos o asesinados por *patotas* durante el gobierno anterior, este es el caso de alguien que, en una marcha política desaparece y, más adelante, aparece muerto. Las responsables son las fuerzas represivas que representan al Estado pero lo niegan, aunque haya muchas pruebas que los inculpan. Los *mentimedios*, al decir de Mempo Giardinelli, difunden lo que el Estado quiere que se difunda, por lo que esta resistencia civil es una lucha por la legitimidad de la palabra del testigo, de quien vio y dice, como anotara Goya al pie de sus cuadros sobre los Fusilamientos del 3 de mayo de 1808: *Yo lo vi*.⁶

A pesar de los golpes de un poder que avanza a rajatabla intentando liberar a los represores, borrar las huellas y secuestrar militantes, es decir, a pesar del clima de violencia que se vive hoy, la lucha ha dejado de estar a cargo de los llamados afectados directos. Los tatuajes en nuestras ciudades y las intervenciones urbanas, los museos y lo dicho en los juicios les han enseñado a muchos, entre otras cosas, que todos somos afectados directos de un terror estatal que se ejerce también en democracia.

Notas

1. Las baldosas actuales han sido retiradas temporariamente por el gobierno actual (en 2018), pero volverán los pañuelos a pintarse de forma artesanal en ese preciso lugar, protegido por ley como sitio histórico.
2. El fallo de la Suprema Corte de Justicia a favor del 2x1 (es decir, a favor de una reducción de la pena que se legisló originalmente para crímenes de otro tipo y se aplicó,

en 2017, a condenas por crímenes de lesa humanidad) le otorgó el beneficio a Luis Muiña, condenado por este tipo de delitos en el centro clandestino del hospital Posadas. A cuarenta y ocho horas del fallo otros cinco represores solicitaban el mismo beneficio (uno de ellos era el obstetra de la ESMA condenado por robo de menores). Pero al polémico dictamen lo frena la intensa oposición civil. Una vez rechazado y considerado inconstitucional, el Senado aprueba por unanimidad un proyecto que restringe la reducción de condenas en estos casos. La sociedad se muestra inflexible en su oposición a las políticas negadoras del terrorismo de Estado. Muiña tiene que volver a la cárcel.

3. Se ha vuelto a difundir la noción de que hablar del terror estatal es narrar una historia incompleta que no incluye a las víctimas “del otro lado”, un argumento que en nuestro país se conoce como “teoría de los dos demonios”, difundida al inicio de la posdictadura. Este relato, encubridor del genocidio, no es refrendado por miles que han entendido, gracias al giro cultural que se produjo sobre todo en la década kirchnerista, que el terrorismo de Estado no es una confrontación entre dos bandos.
4. Esta posibilidad de mirar a los culpables cambió recientemente: a partir de 2015–16 se les permite a los represores ausentarse.
5. Este manuscrito recibió la Mención Honorífica del Concurso ensayo del Fondo Nacional de las Artes en Buenos Aires, Argentina, 2017.
6. Finalmente aparece el cuerpo de Santiago en el río Chubut el 17 de octubre de 2017. Las huellas del crimen, una vez más, son borradas o encubiertas.

Obras citadas

- Calles de la memoria*. Dir. Carmen Guarini. 2012. Filme.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998.
- Ginzberg, Victoria. “Hijos y Abuelas defienden las actividades en la ex ESMA”. *Página/12*. Web. 4 enero 2013.
- Kaufman, Alejandro. *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en la Argentina del presente*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2012.
- Strejilevich, Nora. *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay, entre los 80 y los 90*. Buenos Aires: Catálogos, 2006.
- _____. *El lugar del testigo: Escritura y Memoria (Chile, Argentina y Uruguay)*. Santiago: LOM, 2019.
- _____. *Una sola muerte numerosa*. Córdoba: Alción Editora, 2007.
- _____. *Una sola muerte numerosa*. Miami: University of Miami Press, 1997.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
- “Videla en 1979: No está muerto ni vivo . . . está desaparecido”. *La Voz*. Web. 17 de mayo 2013.

Strejilevich, Nora. “La memoria simbólica y testimonial en ciudades y escrituras”. *Vestigios del pasado: Los sitios de la memoria y sus representaciones políticas y artísticas*. Eds. Megan Corbin y Karín Davidovich. *Hispanic Issues On Line* 22 (2019): 262–276.
